

Más tarde el mismo Noé, con casi todos los descendientes de Sem, con muchos de Jafet y

cimiento de Arphasad, *engendró hijos é hijos* (Gen. XI, 11.). Puede decirse lo mismo, por analogía, de los dos hermanos de Sem, y atribuir á cada uno de ellos una longevidad semejante é igualmente fecunda. Pues bien, estos hijos no mencionados de los tres patriarcas hijos de Noé, vinieron á ser ciertamente, del mismo modo, padres de numerosos pueblos, los cuales tampoco debieron ser mencionados en el Génesis. En fin, añadiremos, con el Sr. Lenormant, que la Biblia no impide de ningún modo admitir que algunas de las familias, nacidas de los tres hijos de Noé, se separaran del tronco común en el tiempo que medió entre el diluvio y la torre de Babel, antes de la dispersión general ocasionada por la confusión de las lenguas. Estas familias pudieron dar origen á numerosas poblaciones, que, propagándose en un aislamiento completo de las otras, tomaron una fisonomía enteramente propia, y permanecieron como separadas de la historia del resto de los hombres. Moisés no tenía por qué hablar de estas primeras familias, suponiendo que él se había propuesto describir solamente, en el cap. X, del Génesis, la filiación de los pueblos que, después de haber vivido reunidos en el Sennaar hasta el acontecimiento de Babel, se dispersaron de allí por todo el mundo.

«Así, la etnografía mosaica, por una parte, derrama una viva luz sobre la cuna del mundo postdiluviano y sobre los comienzos de la historia universal, puesto que ella nos hace conocer exactamente el origen y la descendencia de los pueblos que, partiendo del Sennaar para ocupar el Asia, la Europa y una parte del Africa, formaron la porción más noble y más considerable del género humano, y, por otra parte, deja el campo libre á los etnógrafos modernos, para completar y acabar el cuadro, esclareciendo con sus investigaciones y descubrimientos, los puntos que Moisés había dejado en la sombra.» (*Civilté cattolica*, 13 de Febrero de 1879). El abate Vigouroux (*Manuel biblique*, t. I, p. 576 y 577) cita y aprueba este notable pasaje, y con él responde á la pregunta: *¿De dónde provienen los pueblos que no están mencionados en el cap. X del Génesis?* V. Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. I, p. 110.

algunos de Cam, que le habían permanecido fieles, y que formaban el principal núcleo de civilización, se trasladaron en masa hacia el Occidente, en busca de mejores tierras. El Patriarca entretanto, viendo se acercaba el fin de sus días (350 años después del diluvio), se debió quedar probablemente cerca de la desembocadura del Éufrates, como nos lo atestiguan las tradiciones caldeas. (1) Casi todos los que le acompañaban, como eran muchos, debieron continuar su jornada, hasta encontrar un lugar de su agrado, donde poder establecerse cómodamente todos. Así pues, *cum proficiscerentur de Oriente, inveniunt campum in terra Sennaar*, y allí concibieron el orgulloso proyecto de levantar la gigantesca torre. Con la confusión aparecieron las lenguas flexionales. Y por eso estas son habladas exclusivamente por las razas que partieron de Babel.

Ahora bien, al trazar Moisés su cuadro etnográfico, lo relaciona íntimamente con esta última y gran dispersión, y se refiere á sólo aquellos numerosos hombres, que habían partido del Oriente y se habían establecido en la tierra de Sennaar. (2) Por eso no men-

(1) Ya hemos visto, en la narración del gran poema de Ezech, cómo Izdubar encontró á Hasisadra cerca de la desembocadura del Éufrates, donde vivía gozando del privilegio de la inmortalidad.

(2) En efecto, al acabar de describir el diluvio nos dice Moisés (*Genes. IX, 19*): «Tres isti filii sunt Noë; et ab his dissemi-

cióna más que las razas blancas, que poseen lenguas flexionales (1), y no tiene en cuenta para nada á todas las otras, que por pequeñas familias se habían ido desmembrando, en los 400 años que median entre el diluvio y la

natum est omne genus hominum super universam terram.—20—
Cœpitque Noë vir agricola exercere terram...»

Así pues nos da á entender que casi á continuación del diluvio empezaron las dispersiones. En el cap. X, al tratar de la separación de las diferentes familias, allí enumeradas, de Japheth, Cham y Sem, se nos dice siempre (V. 5, 20, 31) que se dividieron según sus *diferentes lenguas*. Ahora bien, mientras estaban reunidos debían hablar una misma. La diversidad de las lenguas se tuvo que originar, en parte con la separación de las familias, y en parte con la confusión. Si pues las gentes allí enumeradas se dividieron según sus *diferentes lenguas*, por estas se entienden las originadas en la confusión acaecida entre aquellas familias que estaban reunidas en el Sennaar, y *tenían el mismo labio y las mismas palabras* (XI, 1). Así pues, al hablar de la dispersión de estas gentes, no se emplean ya como antes las palabras, *Omne genus hominum*, se dice sólo (X, 32): «*Hæ familie Noë juxta populos et nationes suas. Ab his divisæ sunt gentes in terra post diluvium.*—XI, 1—*Erat autem terra labii unius, et sermonum eorumdem.*—2—*Cumque proficiscentur de Oriente, invenerent campum in terra Sennaar, et habitaverant in eo...*»

(1) «Moisés, dice la *Civiltá cattolica*. (*La Tavola etnografica di Mose*, 15 de Febrero de 1879), al exponer la filiación de los pueblos, se ciñe á una sola de las grandes razas humanas, á aquella que tiene indudablemente el primer rango, y sobrepuja á todas las otras, es decir, la raza blanca; no dice nada de las tres razas inferiores, la amarilla, la roja y la negra... Es de advertir que los blancos alófilos, que poseen lenguas aglutinantes, tampoco están comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis. V. Abate Thomas; *Les Temps primitifs*, t. II, p. 261 y siguientes.

construcción de la torre (1). A pesar de que tenía muy claro conocimiento de los negros, por haberlos visto en Egipto, no quiso hacer de ellos mención; omitió también voluntariamente á otros pueblos conocidos, pero que no provenían de Babel. Quiso pues trazar un cuadro completo, mas no lo podía trazar de las pequeñas y repetidas dispersiones iniciadas casi á raíz del diluvio; porque debía tener muy escasas noticias de la mayoría de ellas, y así prefirió omitirlas todas y ceñirse solamente á la última, la más notable, la que más interesaba á su pueblo, y de la cual conservaba, por otra parte, todas las noticias necesarias.

El cuadro etnográfico del cap. X del Génesis es por lo tanto completísimo (2), con res-

(1) «Todo nos lleva, escribe el Sr. Motais (*Le Déluge Biblique*, p. 246) á reconocer principalmente hijos de Sem en Babel. Así no nos maravilla que la narración entera verse sobre un juego de palabras que tiene por base el mismo nombre de Sem (en hebreo *Schem*). Hijos de *Schem*, se dicen, edifiquemos un *Schem* que se eleva hasta los SCHAMAÏN (los cielos). El juego de palabras es tanto más perfecto, cuanto que los tres términos, derivados de una misma raíz, tienen etimológicamente la misma significación... Nosotros creemos que, si bien predominaban los Semitas, había también algunos descendientes de Japheth y de Cham; y lo deben ser casi todos aquellos cuyo árbol genealógico nos describió Moisés. Pero no podían estar todos, y así se explica que varios pueblos que conservaron vivos recuerdos del diluvio, no conservaran ninguno de Babel.

(2) Lenormant le llama «el documento más antiguo, más precioso y más completo, acerca de la distribución de los pueblos en el mundo de la alta antigüedad.» (*Manuel d'histoire ancienne*,

pecto á todas las razas que provienen del Sennaar, donde se hallaba establecida la más floreciente civilización, capaz de levantar aquel edificio que confunde á nuestros sabios; pero no tiene nada que ver con las emigraciones precedentes, puesto que se refiere tan sólo á la dispersión prodigiosa acaecida 400 años después del diluvio. (1)

Con esto quedan desvanecidas las objeciones siguientes de los no-universalistas.

3.^{er} *Argumento.* Donde quiera que se fueron á establecer los descendientes de Noé, tuvieron que desalojar otras razas más antiguas; la Media, por ejemplo, y la Persia estaban ocupadas por poblaciones turanias antes de que Madai y Elam las vinieran á poblar; la raza de Mitzraim, hijo de Cham, encuentra á los Negros en posesión de Egipto; los Arias, al penetrar en la India, tienen que rechazar muchas tribus dravinianas; luego

t. I, p. 96). C. Schœbel añade que «á medida que las ciencias lingüísticas é históricas progresan, las diversas razas enumeradas en el cuadro (del cap. X del Génesis) vienen á colocarse unas al lado de otras á la vista del historiador.» (Schœbel. *L'authenticité mosaïque de la Genèse défendue contre les attaques du rationalisme allemand*, en Bonnetty, *Annales de philosophie chrétienne*, Febrero de 1879, p. 106.

(2) Es posible sin embargo que algunos nietos de Noé, que figuran en el cuadro etnográfico, no se hallaran con todo eso en Babel; pues si estaban allí representados por cualquiera de sus descendientes, era preciso que ellos figuraran también en el árbol genealógico, aun cuando hubieran emigrado mucho antes de la confusión.

esas razas más antiguas son anteriores al diluvio.

4.^o *Argumento.* Hay muchos pueblos no enumerados entre los descendientes de Noé, en el cuadro etnográfico del Génesis, á pesar de que Moisés tenía perfecta noticia de algunos de ellos. ¿Cómo se explica esa omisión, sino reconociendo que son antediluvianos?

Pues bien, esta omisión se explica perfectamente, según los hechos aducidos antes. Moisés no menciona más que las gentes que partieron de Babel, es decir las razas blancas y de lengua flexional, la cual precisamente nació de la *confusión*; las demás razas conservan aún lenguas aglutinantes ó monosilábicas, y su misma distribución actual muestra que emigraron ó irradiaron de las montañas del centro del Asia, y por lo mismo, mucho antes de que el gran núcleo de civilización viniera á establecerse en el Sennaar. El legislador hebreo no tuvo pues cuenta con ellas.

Por lo tanto nada nos debe extrañar que las razas blancas de lengua flexional, las únicas comprendidas en el cuadro etnográfico del Génesis, y las únicas que se muestran como irradiando de la Mesopotamia, encontraran en todas partes establecidas diferentes tribus más antiguas: pues estas se habfan ido dispersando por toda la tierra desde hacia 400 años. (1)

(1) La opinión de que no todos los hombres estaban reuni-

Lo que de aquí se deduce es un hecho contrario á las suposiciones del Sr. Quatrefages, conviene á saber, que las razas blancas son las primitivas, á pesar de tener la más perfecta forma del lenguaje. Y en efecto, perteneciendo todas al gran núcleo de civilización, que se conservó compacto desde que partió del Ararat, hasta que, al cabo de unos 400 años, viniendo del Oriente, llegó á establecer-

dos en Babel, y de que, por lo tanto, cuando acaeció la confusión, podía ya haber diferentes lenguas en los distintos países del globo, ha venido á dominar en la exégesis moderna. Hé aquí las razones con que la defiende el Sr. Vigouroux (*Manuel biblique*, t. I. p. 582 y 583): "1.º El texto hebreo comienza, es verdad, el cap. XI, diciendo que toda la tierra no tenía más que una sola lengua, pero "toda la tierra, explica el P. Delattre, podría significar todo el país donde tomó origen la tradición;" y sea de esto lo que fuere, el autor sagrado no dice en ninguna parte que todos los hombres estaban reunidos en los campos de Sennaar.—2.º La historia de la dispersión de los pueblos, que es el asunto del cap. X, está colocada por Moisés antes del episodio de la confusión de las lenguas, y el lenguaje del Génesis (X, 32, «Ab his (familiis Noe) divisæ sunt gentes in terra post diluvinm.») parece significar que la separación de los hijos de Noé comenzó poco después del diluvio.—3.º El mismo versículo 2 del cap. XI nos enseña que los hombres que elevaron la torre de Babel venían de una región oriental, y cualquiera que hubiese sido la causa de su migración, no es apenas posible suponer que no hubieran dejado á nadie en el camino.—4.º Si eran nómadas, sus rebaños no podían estar todos reunidos en las llanuras del Sennaar; si eran sedentarios, como parece dario á entender su proyecto de construir una ciudad, para establecerse en ella, luego que encontraron un lugar propicio, debieron quedar también habitantes en la ciudad ó ciudades que habían abandonado.—5.º Según las cifras dadas por el texto hebreo, la confusión de las lenguas debió acaecer 117

se en los campos del Sennaar, todo nos induce á creer que anduvieron en busca de países favorables y que no quisieron morar en medio de un clima cruel. Por lo tanto, no debieron modificarse mucho sus caracteres, sobre todo si se tiene en cuenta que, como estaban muy civilizadas y eran bastante numerosas, disponían de medios para luchar con las condiciones ambientes desfavorables. No se con-

años después del diluvio; y según los Setenta, 400 años. Si se acepta este segundo número, está claro que todos los descendientes de Noé no podían vivir entonces en Babilonia... No es pues necesario interpretar el texto bíblico en el sentido de que todos los hombres estuviesen reunidos en el Sennaar; el contexto y el conjunto mismo del relato del Génesis parece favorecer la interpretación contraria, y así se desvanecen todas las objeciones suscitadas en nombre de la historia contra la narración de Moisés.,

Esta última reflexión es precisamente la razón principal; de no seguir la opinión que defendemos, es preciso contar con innumerables dificultades, de todo punto insolubles. No se puede explicar por qué todas las razas enumeradas en el cap. X del Génesis son blancas y tienen lengua flexional; por qué los negros y los blancos alófilos conservan lenguas aglutinantes, y los amarillos aglutinantes ó monosilábicas; tampoco se puede dar razón de la antigüedad de muchos pueblos, etc. etc.

Pueden consultarse sobre esta cuestión: el P. Delattre, *Le Plan de la Genèse (Revue des questions historiques*, Julio de 1876.);— Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. I; Mgr. de Harlez, *Controverse*, Junio de 1883; Motais; *Le Déluge biblique*, p. 237 y siguientes.

Aparte de estos y otros muchos exegetas, que niegan la reunión de todos los hombres en Babel, la negó también el mismo Cayetano (*In Genes.* cap. XI, 2), que no quería admitir que aquella inmensa multitud de hombres vinieran en masa con sus materiales de Agricultura y con sus numerosos ganados á esta-

cibe pues que sus caracteres se modificaran radicalmente, trasformándose todas ellas de amarillas en blancas. Lo único que podremos admitir es que sus rasgos se acentuaran un poquito, y que, al partir de las montañas centrales, no se diferenciaron tanto como ahora

blecerse en un lugar único. Si todos los descendientes de Noé estaban en el Sennaar, decía el eminente cardenal dominico, *fuisse valde stulti, cogitando et dicendo: ædificemus nobis civitatem*. Porque les era necesario edificar, no una ciudad, sino muchas. *Non intelligas*, añade, *universum genus humanum profectum fuisse ab Oriente, et ivisse in regionem Sinhar*. En el siglo XVI varios comentadores siguieron la misma opinión, según nos lo atestigua Bonfrere (*In Genesim*, cap. XI) donde escribe: "Sed quinam profecti? Omnesne qui tunc erant homines? *Negant aliqui.*" V. Halévy, *Revue des études juives*, Setiembre de 1886, y al abate Robert, *La Non-Universalité du déluge*, p. 63 y siguientes.

El Sr. Motais añade (*Obra citada*, p. 249,) que, «muchos exegetas han creído que sólo se hallaba en Babel la familia de Phaleg.» El mismo abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 244 y siguientes) parece reconocer, á pesar de seguir la hipótesis de la universalidad geográfica absoluta del diluvio, que no estaban todos los hombres en Babel; al menos confiesa que no todos los pueblos están comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis, y que esto pudo provenir de que algunas ramas se habían separado, desde muy antiguo, de los troncos principales.

También el cardenal González sostiene en su reciente obra *La Biblia y La Ciencia*, t. II, que no podían estar todos los hombres en Babel.

Por lo que hace á las lenguas, Filastrio Brixense llegó á considerar como herética (in *Catalogo hereseon*, cap. 106) la opinión de que hubiera una sola antes de la confusión de Babel; y decía que se debía creer firmemente que muchos siglos antes de este acontecimiento había ya numerosas variedades de lenguas. V. Sixto Senense, *Bibliotheca Sancta*, lib. V, anot. LXXXVII.

de las razas amarillas. Por otra parte vemos que las razas que se fueron desmembrando del gran núcleo, según venía del Oriente, son todas blancas, si bien tienen sólo lengua aglutinante; prueba de que los caracteres físicos eran primitivos y de que los lingüísticos se acabaron de modificar en Babel, llegando á adquirir allí la forma flexional. Además es preciso tener en cuenta que el mismo Noé debió venir con sus tres hijos, por lo menos hasta cerca del golfo pérsico, donde probablemente murió, y que estos llegaron al Sennaar. Pues bien, si sus descendientes eran ya todos blancos, ¿se concibe que ellos no lo fueran? (1)

(1) Desde luego que los Negros, no son la raza primitiva, puesto que aparecen entre ellos con frecuencia individuos de tinte más claro, lo que prueba que descienden de Blancos ó Amarillos. Ahora pues, si bien es verdad que entre estos últimos no se han señalado hasta el día semejantes fenómenos de atavismo, también es del todo cierto que no existen entre los Blancos; en estos el argumento es ya positivo. No hay ningún hecho que nos obligue á contar entre los progenitores de los Blancos, individuos de raza amarilla; pero con respecto á esto, no podemos decir otro tanto; podemos afirmar que aun no se conocen esos hechos, mas no, que no existen en realidad.

Por otra parte sabemos que la raza postdiluviana primitiva en Europa, es decir, la de Cro-Magnón, está aún bastante representada en los países meridionales, y especialmente en las Provincias Bascongadas. Pues bien, los individuos que pertenecen á ella, son blancos como los demás, y están sin duda alguna relacionados con la rama de los Blancos alófilos, siendo los más genuinos representantes de la primitiva raza eúskara, puesto que constituyen el más antiguo tipo de ella. • Apesar de la diversidad de tipos que se encuentra entre los Bascos, es-

Por lo que hace al hecho de haber adquirido lenguaje de flexión, lejos de ser esto indicio de posterioridad, según comunmente se piensa, es, por el contrario, prueba de que los hombres de Babel pertenecían á la raza primitiva. Sólo esta, como más antigua, y por lo mismo más ilustrada, pues había sido siempre el centro de toda la civilización, pudo lograr que su lenguaje se fuera desarrollando y perfeccionando hasta adquirir la más elevada forma. Si bien es preciso tener siempre muy en cuenta el hecho misterioso de la *confusión de las lenguas*.

Las demás razas, separándose del gran foco de ilustración, y precisadas á llevar una vida salvaje, se hallaban en condiciones para desfigurar y pervertir el mejor idioma, pero no en las de ir perfeccionando sus formas.

Estos dos argumentos están ya en parte tomados de la misma Biblia. Y debiera maravillarnos no poco que se recurriera á ella para buscar armas con que combatir las verda-

cribe el Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 164) su lenguaje especial nos muestra á los Blancos alófilos como siendo *los primeros en ocupar nuestros Pirineos occidentales*. Aun más, no podemos distinguir apenas á los descendientes directos de esos primitivos moradores de nuestros países, de los demás Europeos actuales. «Sin su lengua enteramente especial, añade el mencionado sabio (*Ibid.* p. 234) los Bascos no se distinguirían casi de los otros Europeos. El lenguaje solo ha podido enseñarnos que deben relacionarse, por sus antepasados más lejanos, á alguna rama de los Blancos alófilos ó fineses, hoy separada de ellos por vastos espacios.»

des más palpables, que nos enseña y repite con insistencia. Pero el abate Motais no disimula que, al recurrir á los libros sagrados, lo hace para ver si puede cohonestar una opinión que ha escandalizado á muchísimos. Así pues, leyendo por ese prisma de la no universalidad, vió toda suerte de colores, excepto los que habían visto los santos Padres. Halló lo que quiso, mas no lo que la Biblia y toda la tradición nos enseña.

5.º *Argumento*. He aquí pues el gran hallazgo: un testimonio que parece establecer de una manera positiva la conservación de un pueblo antediluviano; este es el de los Kenitas ó Cainitas, llamados Cineos en la Vulgata; y el testimonio está tomado del oráculo de Balaam: «Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel: et percutiet duces Moab, vastabitque *omnes filios SETH*.—Et erit Idumæa possessio ejus: hæreditas Seir cedet inimicis suis: Israel vero fortiter aget.—De Jacob erit qui dominetur, et perdat reliquias civitatis.—Cumque vidisset Amalec, assumens parabolam, ait: Principium gentium Amalec, cujus extrema perdentur.—Vidit quoque *Cinæum*; et assumptá parabolá, ait: Robustum quidem est habitaculum tuum; sed si in petra possueris nidum tuum,—et fueris electus de stirpe CIN, quamdiu poteris permanere? Assur enim capiet te.» (1)

(1) *Numer.* XXIV. 17, 18, 19, 20, 21, 22. Hé aquí como tra-

En este pasaje hiere á primera vista la mención paralela y la existencia simultánea de los hijos de *Seth* y de *Cin* ó *Cain*, en la época de la profecía y, por lo mismo, mucho después del diluvio. La palabra *Seth* jamás se emplea en la Escritura, más que como nombre propio, que designa al tercer hijo de Adam. ¿Por qué no ha de conservar aquí la misma acepción? Después entran en escena los Cineos y Cin; *Cin*, en hebreo *Kin*, es precisamente el nombre del asesino de Abel. Los dos nombres son idénticos, el *Kin* (*Cain*) del Génesis y el *Kin* (*Cain*?) del libro de los Números. Si bien ahora, debido á la puntuación masorética, hay una ligera diferencia en la pronunciación de ellos, no basta á borrar la radical común, *Kin*, distinta é independiente de los puntos vocales.

Este argumento parecería fuerte, si no se dejara traslucir, muy á las claras, el excеси-

duce este pasaje el abate Robert, acérrimo partidario de la no universalidad: «Una estrella saldrá de *Jacob*, y se levantará un cetro de *Israel*;—herirá las dos fronteras de *Moab* y destruirá todos los hijos de *Seth*;—*Edom* será su posesión y *Seir* será la posesión de sus enemigos,—*Israel* se mostrará intrépido; de *Jacob* vendrá el dominador que perderá á los que sobrevivan en las ciudades.—Vió también á *Amalec* y pronunció su oráculo:—*Amalec* es el principio de las naciones, pero su fin es la ruina.—Vió también al *Cainita* y pronunció su oráculo:—Sólida es tu morada y puesto sobre la roca está tu nido; sin embargo *Cain* será asolado, hasta que *Assur* te lleve cautivo.» (La *Non-Universalité au déluge*, p. p. 87, V, *Revue des questions scientifiques*, Enero y Abril de 1887.)

vo temor con que lo presentan nuestros contrarios. Como hemos dicho, dan bien á entender que recurren á él, y en general á la Biblia, para ver si hallan algo con que responder á las que llaman *exigencias de la ciencia*. Pues bien, ya hemos demostrado, que esta no exige más, que la pequeña limitación de la universalidad geográfica, y que, lejos de pedir otra cosa, la rechaza manifiestamente. Sólo falsificando sus datos, es como se puede restringir, en nombre de ella, la universalidad etnográfica. Lo que la ciencia nos enseña es la inundación universal, la extinción de las razas primitivas y la sustitución de sus industrias, la aparición de las razas actuales y la formación de sus respectivas lenguas, dentro de la época actual, é irradiando del centro del Asia; y ¡sin embargo, hay aun quien invoque la Antropología, la Linguística y la Geología, para exigir lo que todas ellas contradicen á una voz!

Pero veamos como se expresa nuestro, en medio de todo, respetabilísimo é ilustre adversario Sr. Motais: «Si esta existencia (de pueblos que han sobrevivido al diluvio) es real, escribe (1), el exegeta, *una vez advertido*, puede tener esperanza de descubrir una señal de ella y aun quizá una confesión, en los otros libros del *Pentateuco*.—¿Debería maravillarse uno de que hubiera pasado in-

(1) *Le Déluge Biblique*, p. 302.

advertida casi hasta ahora? Posible es que no. Para que dicha existencia viniera á ser aparente, era preciso ante todo que se pudiera sospecharla... Antes de haberse dado la alerta, los textos pasaban por delante de los ojos del exegeta, sin que se soñara siquiera en presentar el problema, que hoy se ofrece á la simple lectura del original.»

Pues bien, preguntamos ahora nosotros, ¿quién ha dado esa señal de alerta? Y el señor Motais sólo responde diciendo (1): «La necesidad de entenderlo ha nacido, sobre todo, de la campaña racionalista contra la autenticidad de la redacción del escrito: la necesidad ha engendrado el estudio, y el estudio ha producido la luz.» Pero no bastan los ataques de la impiedad para hacernos cambiar la interpretación de los libros sagrados; era preciso que se adujeran además datos muy sólidos, y por otra parte incompatibles con la opinión antigua. Y como aquellos no existen, según dejamos demostrado, tampoco podemos nosotros separarnos de esta. Ni los Padres, ni los más competentes expositores cristianos ó hebreos, habían osado leer el nombre de Caín, en relaciones posteriores al diluvio. Si Moisés hubiera querido aludir á él, de seguro que la tradición y por fin la escritura masorética (2) no nos darían tan unánime

(1) *Ibid.*

(2) *Massoretas* viene á significar: «Escribas tradicionales por

testimonio de lo contrario. Los primeros escribas habrían leído conforme al pensamiento del legislador hebreo, y no aprenderían ciertamente á tener tanto cuidado en leer de un modo distinto la radical *Kin*, cuando se refiere á hombres posteriores al diluvio.

El mismo desacuerdo, que reina entre los exegetas con respecto á la interpretación de la profecía de Balaam, si algo prueba, es que el pasaje es muy oscuro, y que, por lo mismo, puede servir de muy poco á nuestros adversarios, que, aparte de esto, carecen de todo otro fundamento, siquiera especioso, y que además tienen que luchar con la opinión en que convienen todos aquellos, es decir, en que la palabra *Kin* no designa de ningún modo al asesino de Abel.

Y en efecto, cuando la Biblia nos menciona á los Cineos ó Cinhitas, lo hace casi siempre con elogio, siempre nos lo representa conservando las mejores relaciones de amistad y de alianza con los Hebreos. Por el libro de los Jueces nos consta (1) que Hobab, cuñado de

misión; como lo indica el nombre de su obra *Massore*,.. En efecto, la palabra *Másórâh* ó *Massórâh*, significa *tradición*. Los rabinos que se emplearon en este trabajo, tenían por objeto, el *fixar*, en cuanto fuere posible, *la pronunciación tradicional*.» Así habla el mismo Motais (*Ibid.* p. 304). Pues bien, esa *pronunciación tradicional*, así fijada, por personas tan competentes, merece algo más respeto del que le tributa nuestro ilustre adversario.

(1) Cap. IV. 11.

Moisés, era cinita; por consiguiente lo debían ser también Jethro y Séphora. De manera que la misma esposa (1) del gran legislador y profeta pertenece á aquella raza, que nuestros adversarios se empeñan en denigrar, teniéndola por la más degradada y perversa, y comprendida en las maldiciones del primer fratricida. En el mismo libro se hace en seguida honrosa mención de un descendiente de Hobab, Haber, el *cineo* y de su esposa Jabel (2). Cuando Saul va á declarar una guerra de exterminio á los Amalecitas, tiene buen cuidado de avisar antes á los Cineos, que vivían entre ellos, para que huyan y no sean comprendidos en su ruina; mostrándoseles atento y agradecido, porque habían usado de misericordia con los hijos de Israel. (3) Una rama de los Cineos, los Rechabitas, precursores de los Esenios, son grandemente alabados por Jeremías (4), quien no duda en proponerlos por modelo. Ahora bien, ¿se concibe que esa raza, la más afecta al Pueblo escogido, sea precisamente la maldecida raza de Caín? Eso sería el mayor de los absurdos; los Cineos y los Cainitas no se parecen en nada.

(1) Verdad es que Aarón y María, hermanos de Moisés, murmuraron de él por causa de Séphora, (*Exod.* XII.); pero nuestros contrarios, que hacen esta réplica, parece que olvidan lo muy á mal que llevó el Señor esa murmuración y lo terriblemente que la castigó.

(2) Cap. IV.

(3) I *Reg.* XV.

(4) C. XXXV.

Los *Cineos*, ó mejor dicho *Kinitas*, se nos replica ahora, descienden seguramente de un hombre llamado *Kin*. ¿Quién es pues ese *Kin*? No conocemos ningún otro más que al asesino de Abel, á ningún otro ha dado la Biblia semejante nombre.

Verdaderamente que nos maravilla esta graciosa manera de argumentar que usan nuestros adversarios. Después que se han cansado en probar que hay muchas razas no comprendidas en el cuadro etnográfico del Génesis y que en la Biblia no se las menciona hasta que entran en escena junto con el Pueblo escogido, y que entonces se habla de ellas, sin indicársenos nada acerca de su genealogía, piden ahora que busquemos en los libros sagrados quién fué el padre de los Cineos, que son de los primeros, que hacen entrar en el número de las mencionadas razas no comprendidas. Si con tanta insistencia preguntan ¿de dónde provienen los pueblos *no descritos en el Génesis*? ¿Cómo se atreven á buscar allí á un tal *Kin*, padre de los Cinitas, pueblo de origen desconocido?

De que en el Génesis no se mencione á ningún otro *Kin*, sino el hermano de Abel, no se sigue que no lo haya habido; prueben que no lo hubo en realidad, y entonces solamente probará algo su argumento; hasta que eso hagan, les esperamos con los brazos cruzados.

Pero es el caso que ya antes del diluvio se

encuentra, en la misma línea de Seth, el nombre de Caín, bajo una forma ligeramente alterada, *Cainán*, por la reduplicación de la consonante final; volvemos á hallar más tarde el mismo nombre, por lo menos según la versión de los Setenta, entre Sem y Abraham. ¿En qué dato se fundan pues nuestros adversarios para decirnos que no pudo haber ningún otro *Cin* entre los descendientes de Noé? Absolutamente en ninguno. En pago nosotros los tenemos muy poderosos, para sostener que lo hubo, y que los Cineos no descienden de Caín. «En la promesa hecha al Padre de los creyentes (1), dice á este propósito el abate Thomás (2), Dios enumera los pueblos cuya herencia pertenecerá á los hijos de Israel, Hetheos, Amorrheos, Gergeseos, Jebuseos, *Cineos*, etc. Pues bien, estos mismos pueblos, incluso los *Sineos*, figuran en el cuadro etnográfico, del capítulo X, entre los descendientes de Cham, y por consiguiente, de Noé, por Chanaán, con la única diferencia de que Cineos, escrito con *C* en el cap. XV, se escribe con *S* en el X. ¿Se trata de dos pueblos diferentes, ó no hay aquí más que un simple error de copista? Se ve uno muy tentado á hacer esta última suposición.»

Por otra parte Moisés parece claramente referir el *Cin* ó *Kin* del libro de los Números

(1) *Genes*. XV.

(2) *Les Temps primitifs*, t. II. p. 249.

á otra raíz etimológica, muy diferente de la del Caín del Génesis. Este se deriva de *kanah*, adquirir, poseer; *poseo un hombre por la gracia de Jehovah*, dijo Eva (1) al nacer su primogénito. En el libro de los Números, *Cin*, se refiere al radical *Kên*, nido, ó *Canan*, fabricar un nido; y de ahí viene, según Cornelio á Lápide (2) y otros expositores, la alusión á esta etimología en las palabras de Balaam: «Sed si in petra possueris *nidum* tuum, et fueris electus de stirpe *Cin*... Assur enim capiet te.»

Dígase lo que se quiera, replican ahora los contrarios, en este pasaje se muestra muy á las claras la referencia á Caín; prueba manifiesta de ello es la mención paralela que se hace de *Seth*. Por este nombre nunca se ha entendido en la Biblia más que al hijo tercero de Adam; aquí no se puede entender tampoco otra cosa, y por lo tanto *Cin* debe significar á Caín, de otra suerte las palabras de la profecía no hacen sentido.

Pues bien, las muchas versiones que se han hecho del «*Percutiet duces Moab, vastabitque omnes filios Seth*», prueban que no es tan clara la misma referencia al hijo tercero de Adam. Unos traducen por *filios Seth*; *filios obsidionis*; otros, *filios fundamenti*; Hegel, *populos antiquos*; algunos traducen, *orien-*

(1) *Genes*. IV. 1.

(2) *Comment. in Num.* XXIV.

tales; otros *filios natium, filios clunium*. (1) Pero la versión más acertada, creemos que es la de Gesenio y otros varios (2), que leen *vastabitque omnes filios tumultus vel estre-pitus*. Fúndanse en la manifiesta y reconocida alusión de Jeremías (3) á estas palabras de Balaam. Dice pues aquel Profeta: «Et devorabit partem Moab, et vérticem *filiorum tumultus*.» La palabra hebrea traducida por *tumultus*, es *Schâon*, que debe tener el mismo sentido de *Seth* ó *Scheth*, puesto que provienen del mismo radical *Schaha*, hacer una irrupción con ruido y tumulto; parece pues que Jeremías empleó la palabra *Schâon*, para explicar el sentido de la *Scheth* ó *Seth*, empleada por Balaam. Este dice: *Karkar benê-schêth*; aquel *Kadkad benê-schâon*; la misma sustitución de *Karkar*, *vastare*, por *kadkad*, *vertex*, prueba que Jeremías tuvo á la vista el texto del libro de los *Números*. El cambio de la *R* por la *D* no nos debe extrañar teniendo en cuenta lo muy parecidas que son esas letras en hebreo (4); si pues escribe

(1) V. Schilling, *Vaticinia Messiana*, p. 51. Véanse también sobre este punto, *Critici sacri y Synopsis*, Num. XXIV.

(2) Entre ellos figuran M. Reuss, *La Bible: L'histoire sainte et la Loi*, t. II, p. 243; y el P. Brucker, quien no duda afirmar que así traducen también la inmensa mayoría de los exegetas modernos, (*L'Universalité du Déluge*, en la *Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1886.)

(3) C. XLVIII, 45.

(4) Ese cambio es debido probablemente á un error de los copistas.

Schâon en lugar de *Scheth*, señal de que quiere dar el mismo sentido á estas dos palabras que provienen del mismo radical. (1)

No hay pues ninguna razón, siquiera aparente, que nos induzca á reconocer á *Cain* por *Cin*. Antes las hay poderosísimas para negar ese hecho. Y en efecto, las mismas palabras de la profecía prueban evidentemente que por *Cineos* no se debe entender *Cainitas*. Si éstos se hubieran en realidad conservado, sus principales representantes serían de seguro los *Amalecitas*, que son allí representados, como el *Principio de las naciones*. Nuestros mismos adversarios lo reconocen, y avanzando más, llegan á hacerlos descender, yo no sé con qué fundamento, por la línea de *Tubalcáin* (2). Ahora bien, en las palabras del libro de los *Números* hay verdadera contraposición entre *Amalecitas* y *Cineos*: «*Cumque vidisset Amalec, assumens parabolam, ait: Principium gentium Amalec, cujus extrema perdentur. Vidit quoque Cineum: et assumpta parabola ait: Robustum etc.*» Luego es del todo evidente que por *Cineos* no se entiende

(1) Pero aun cuando por *Seth* se entienda al Patriarca, no se sigue que por *Cin*, se entienda á su hermano *Cain*. Así como el abate *Motais* entiende por *omnes filios Seth*, no todos los *Setitas* del mundo, sino los que vivían en *Moab*, nosotros podemos entender lo mismo, no todos los hombres, sino sólo los *Moabitas*; pues es evidente que los hijos de *Israel*, tan alabados en la profecía, no son comprendidos entre aquellos *Setitas*, condenados á la devastación.

(2) V. *Motais, Déluge Biblique*, p. 315.

Cainitas, porque aun cuando lo fueran, como los Amalecitas lo serían también con mayoría de razón, no había motivo para hacer distinción entre esos dos pueblos, y entender por Cainitas precisamente á los que menos conservaban los caracteres de la raza. El mismo argumento podemos repetir á nuestros adversarios, con motivo de las muchas gentes que ellos consideran como descendientes del primer fratricida. Los Cineos figuran entre ellas, como una de tantas ramas; ¿por qué á ésta se la ha de llamar cainita y á las otras no? Si Cin significa Caín, ¿por qué bajo el nombre de *cineo* no se han de entender á todos los cainitas del mundo? Se nos dirá por ventura, que por hijos de Cin sólo se entiende á los más perversos de los descendientes de Caín, y los que mejor conservan la señal impresa en el padre (1). Pues bien, ya hemos probado que los Cineos son los mejores, no sólo

(1) Así parece decirlo, con mucha gracia, el Sr. Motais (*lugar citado*), quien nos pinta á los Cineos como los más perversos y característicos hijos de Caín, siguiéndoles después los Amalecitas: "Siempre y en todas partes, Amalec se encuentra asociado con el *Cainita*... bajo la maldición de Dios... bajo la espada amenazadora de Saul... Esta unión íntima de corazón y de sangre ¿no nos maravilla cuando se considera hasta qué punto el *Cainita*, esta otra fracción de los descendientes de Caín, de que nos habla el profeta, ha conservado, con el mismo nombre de su padre, el sello de su origen? A nosotros nos maravilla más, ver como se disfiguran, y aun se falsifican, los hechos de la Escritura; aunque ya habíamos visto que se hacia otro tanto con los de la ciencia.

de todos los pueblos que nuestros adversarios consideran como cainitas, sino también de todos los otros vecinos de Israel, incluso los comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis. Son fieles amigos del pueblo de Dios, los profetas los proponen por modelo, se les preserva del exterminio de Amalec; y sin embargo, ¿habrá aún quien los considere como el más vivo retrato del maldecido Caín?

Hé aquí pues en qué ha parado ese coloso argumento; sin esfuerzo ninguno, ha venido por tierra; un soplo bastó para derribarlo. Inútil creemos detenernos más en él, que lo juzgamos indigno de tantos honores (1).

Pasemos pues al último, más especioso y todavía menos fundado, argumento.

6.º *Argumento*. Restringida algún tanto la universalidad geográfica, es forzoso hacer lo mismo con la etnográfica. Si por *todos los animales* se entienden solamente los *animales conocidos*, y por *toda la tierra*, la *tierra conocida*, la lógica nos lleva necesariamente á entender por *todos los hombres*, los que conocía Noé y nada más.

¡Excelente manera de argüir! ¿Por qué no se añadirá también que por aquellas palabras: *Resucitarán todos los muertos*, se de-

(1) Sobre este argumento y sobre otros varios de los no universalistas, pueden verse las sabias refutaciones del Padre Brucker, en la *Revue des questions scientifiques*, Julio y Octubre de 1886 y Julio de 1887, y las del abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 245 y siguientes.

ben entender solamente, los muertos conocidos? ¡Pues no prueba poco el bueno del argumento! Y tanto prueba, que viene á no probar nada, porque *prueba demasiado*. Ha caído ya por tierra; mas con todo, vamos á hacerle los honores de examinarlo más despacio.—Si se ha restringido el diluvio á sólo los animales conocidos, es porque había razones para ello, pues la ciencia nos muestra *evidentemente* que las palabras del Génesis no se refieren á los animales desconocidos. Sabemos que muchos de ellos se extinguieron por completo, y que, por lo mismo, no se salvaron en el arca. Por otra parte, la identidad ó notable continuidad de las faunas fósiles y vivientes de los países más apartados, prueba que los animales que allí viven se salvaron en su patria.

En cuanto á la tierra, no restringimos el diluvio á sólo la tierra conocida, pues lejos de tener razón para ello, la Geología nos la muestra *toda inundada, excepto las cumbres de algunos elevados montes*. Estos sólo exceptuamos, porque para esto solo es fundada la excepción.

Por lo que hace al hombre, no tenemos ningún dato absolutamente que nos obligue á exceptuar del universal exterminio á ningún otro más que las ocho personas salvadas en el arca. Antes por el contrario, *todas las ciencias*, la tradición y la historia, nos fuerzan á creer en la completa destrucción de la

humanidad y en la reciente aparición de las razas humanas.

Por otra parte, al restringir la palabra *todos* con respecto á los animales, entendiendo solamente los *animales conocidos*, suponemos que el hombre no figurará entre las *especies desconocidas*.

Pero ahora es preciso fijarnos además en las palabras del Génesis. El diluvio aparece allí como un castigo el más ejemplar. Este iba dirigido, no precisamente contra los animales, que nunca lo merecieron, ni menos aun contra la tierra, sino contra el hombre, y contra todos los hombres, pues todos ellos habfan prevaricado y héchose muy dignos de él. A los animales y á la tierra, el exterminio venfa indirectamente, y sólo en cuanto fuera preciso para acabar con el hombre. Una vez cumplido este fin, quedaron calmadas las iras divinas. Y lejos de entrar en los planes de la Providencia la destrucción total de los animales, vemos las grandes medidas que se tomaron para que se conservaran siquiera la mayoría de las especies. «El diluvio, ha hecho notar muy bien el P. Pianciani (1), era, según la Biblia, el castigo de los pecados de los hombres. Era necesario que todos los hombres perecieran para expiar sus pecados; pe-

(1) *Civiltá cattolica*, Setiembre, 1862, p. 34. De una manera análoga viene á expresarse también el Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 648.